

ESTRATEGIAS POLÍTICAS Y MECANISMOS DE LEGITIMACIÓN DE UNA SOCIEDAD CLASISTA INICIAL: LAS ESCULTURAS DE CAUTIVOS MAYAS DEL CLÁSICO TARDÍO

POLITICAL STRATEGIES AND LEGITIMIZATION MECHANISMS OF AN INITIAL CLASS SOCIETY: THE SCULPTURES OF CAPTIVES FROM LATE CLASSIC MAYA PERIOD

Gabriela Patricia GONZÁLEZ DEL ÁNGEL

Colegio de Michoacán (Méjico). Doctorando en Ciencias Sociales
Correo electrónico: gabrielap@colmich.edu.mx

Resumen: El presente trabajo pone en diálogo dos ámbitos que hasta el momento se habían mantenido separados: la propuesta teórica sobre las sociedades clasistas iniciales de Luis Felipe Bate y los estudios de cultura maya prehispánica. A través del estudio de las esculturas de cautivos correspondientes al periodo Clásico Tardío de tres yacimientos de las Tierras Bajas Mayas, se propone que dichas esculturas constituyeron un mecanismo de legitimación y poder, inserto dentro una estrategia política teatral que reproducía el sistema de clases. En otras palabras, que formaron parte de los elementos a través de los cuales se ejerció la ideología y la política en las sociedades clasistas iniciales. Los resultados aquí vertidos constituyen una aproximación a la comprensión de las esculturas de cautivos a partir de los elementos iconográficos que las caracterizan (ataduras, desnudez, marcas de sometimiento), así como de la posición arquitectónica que las piezas escultóricas desempeñaron en su momento, y que sirvieron a las élites mayas para legitimar su derecho a ejercer el poder.

Palabras Clave: Sociedad Clasista Inicial, sociedad maya del Clásico, teatralidad, cautivos.

Abstract: This article intends to bring together Luis Felipe Bate's theoretical proposal on initial class society and studies of prehispanic maya culture, using the sculptures of captives of the Late Classic Maya Lowlands to propose that they were a legitimizing mechanism within a theatrical political strategy. In Bate's words, these sculptures were an important element in the politics and ideology of this initial class society. The results become an important contribution to the understanding of scultures of captives through their specific iconographic components (strings, nudity, submissiveness) and the architectonic place they occupied, as a mean for maya elites to legitimize their right to use and abuse power.

Keywords: initial class society, classic maya society, theatricality, captives.

Sumario: 1. La Sociedad Clasista Inicial: un modo de producción hipotético. 2. Los mayas del Clásico, una Sociedad Clasista Inicial. 3. Espacios escénicos y teatralidad. 4. Iconografía de los cautivos y discurso de poder. 5. Comentarios finales. 6. Bibliografía.

1. La Sociedad Clasista Inicial: un modo de producción hipotético

La existencia de un modo de producción distinto al esclavismo grecorromano y al feudalismo europeo, que pudiera dar cuenta del sistema de relaciones de producción y reproducción de las sociedades que se desarrollaron en el México prehispánico, así como de otras fuera del ámbito europeo, fue propuesta por Felipe Bate Petersen en 1984.

Fundamentalmente, la *Sociedad Clasista Inicial*, como su nombre lo indica estuvo conformada por clases sociales propietarias de diferentes elementos del proceso productivo. En ella se distinguen dos clases fundamentales, una clase productora —propietaria *comunal* de los objetos de trabajo (tierra o ganado, según fuera el caso) y de los instrumentos de trabajo manual— y otra clase explotadora y dominante —propietaria particular del conocimiento especializado (parte de los instrumentos de producción) y de la fuerza de trabajo

de los productores directos de excedentes alimentarios, principalmente—, esta última clase se considera explotadora en tanto que se apropiaba del trabajo y los productos del trabajo de los demás, de manera tal que en la distribución obtenía más de lo que aportaba a la producción (Bate, 1984).

Es importante destacar que una de las diferencias esenciales de este modo de producción con respecto al feudalismo y el esclavismo es que la propiedad sobre los medios de producción y los objetos de trabajo se constituía como propiedad comunal de la clase productora. Sin embargo, la clase explotadora era propietaria particular de la fuerza de trabajo, de manera que podía disponer de ésta en todo momento y para los fines que considerara más convenientes. Esto significó que la clase dominante no tuviera necesidad de establecer propiedad sobre territorios, sino sobre la población.

Esta diferencia en las formas de propiedad tuvo su correspondencia con la división social del trabajo, de manera que la clase dominante se dedicó al *trabajo intelectual*, mediante el control exclusivo del conocimiento especializado (sobre astronomía, hidráulica, arquitectura, medicina, matemáticas, ingeniería, entre otras), por un lado, y a través del control ideológico, la administración pública, la organización militar, el intercambio y el ejercicio directo del poder, por el otro. Como contraparte, la clase explotada se encargó primordialmente de la producción directa de alimentos y bienes artesanales, aunque su fuerza de trabajo también fue dispuesta para la construcción de obras públicas, para la guerra y otras actividades requeridas por la élite (Bate, 1984).

Para el sostenimiento de este sistema, la clase productora debió generar un *excedente* productivo que no fuera consumido por sus integrantes, pero sí trabajado por ellos y del que no pudieran disponer, pues requería ser transferido sistemáticamente a la clase explotadora (como tributo en especie o como trabajo vivo) como consecuencia de la capacidad de la élite para ocultar ideológicamente las relaciones objetivas de propiedad y justificar su supuesto derecho a la explotación (Bate, 1984).

Además de estas relaciones fundamentales de producción establecidas entre estas dos clases, debieron existir otras relaciones secundarias. Por ejemplo, algunas formas de servidumbre y de esclavitud, cuando los productores carecían de medios de producción, o la propiedad jurídica de tierras de cultivo de la clase gobernante, en don-

de se tributaba fuerza de trabajo. También sería una relación secundaria el caso de los artesanos especializados (ceramistas, tejedores, lapidarios, etcétera), quienes, debido a sus habilidades particulares, eran sacados de sus propias comunidades y llevados a otras en donde carecían del derecho a la propiedad de los medios de producción, mismos que eran proporcionados por la clase gobernante. Otro caso sería el de los mercaderes quienes, ya fuera como parte de la clase dominante o bajo su auspicio, debían pagar tributo o prestar servicios, pero podían acumular para sí una proporción de los excedentes que obtuvieran en intercambios desiguales (Bate, 1984).

Por supuesto que la existencia de este modo de producción requirió de ciertas condiciones previas que permitieran su desarrollo, entre ellas la producción de plusproductos que se convirtieran en excedentes al ser transferidos por quienes los producían a otros que adquirieran la capacidad de disponer de ellos. Esto podría ser consecuencia del control más o menos exclusivo que cada comunidad tuvo sobre ciertos recursos específicos, como sal, piedras semipreciosas, espacios propicios para cultivar especies importantes y con requerimientos particulares (como el cacao o el algodón), colorantes, etcétera, sin importar si dicha comunidad era recolectora, pescadora, ganadera o agricultora. Sin embargo, esta última tuvo mayor probabilidad de generar un crecimiento sostenido de la producción y de producir mayor cantidad de excedentes a través de la intensificación del uso de la fuerza de trabajo, el desarrollo tecnológico (con los sistemas de riego, por ejemplo), la reducción del consumo subsistencial y el aumento poblacional (Bate, 1984, 2002).

Este control sobre cierta clase de recursos pudo ser conveniente para algunas comunidades y desfavorable para otras, lo que permitió un intercambio desigual entre ellas, de manera tal que las primeras acumularon sistemáticamente el excedente producido por las segundas. Esto permitió que, a largo plazo, unas comunidades tuvieran poder sobre otras en tanto que las controlaban a través de recursos específicos y necesarios (Bate, 2002). De acuerdo con Ozuna García (2016) al interior de las comunidades se debieron generar estrategias de resistencia, frente al desplazamiento y ataques de comunidades vecinas. Entre ellas, la centralización habría implicado la necesidad de la división del trabajo en intelectual y manual (o producción directa), lo que habría llevado a la diversificación,

especialización y, consecuente, diferenciación de unidades domésticas, lo que sentó las bases para el surgimiento de clases sociales diferenciadas al interior de las comunidades.

El surgimiento de las sociedades clasistas dio pie a la creación de ideologías (como concepción de la realidad que responde a los intereses de clase) y del Estado. Las clases dominantes al poseer el conocimiento especializado sobre el entorno físico, la predicción de fenómenos climáticos y astronómicos, sobre ingeniería y obras de infraestructura, la administración de recursos en tiempos de escasez, las propiedades curativas de distintas plantas, animales y minerales, pudo generar un discurso que legitimara sus funciones. También pudo institucionalizar ambas (la ideología y el Estado) para imponer su propia visión, sistema de valores, religión y otros mecanismos de justificación de la explotación y la enajenación de la fuerza de trabajo, con la intención de reproducir el sistema del cual resultaban beneficiadas (Bate, 2002; Nocete, 1999). Todo esto permitió que el Estado, como institución política, se justificara a sí mismo como necesario e indispensable para el beneficio de todos, en tanto que aseguraba la generación de plusproductos y servicios útiles a la población en general, la importación y exportación de bienes, el resguardo de reservas de alimento, la creación de obras de infraestructura pública, la resolución de conflictos y la protección de la población frente a ataques externos (Bate, 1984, 2002; González, 2013).

Conforme la estructura de clases se fue desarrollando y transformando, surgieron contradicciones entre las clases sociales y al interior de las mismas, en función de los intereses de cada sector. Ante esto, las clases dominantes, en particular sus sectores más poderosos, dieron origen a la *forma despótica* del Estado, con un aparato militar especializado y otros mecanismos de coerción, represión e intimidación que permitió que las clases explotadas continuaran a su servicio (Bate, 2002).

Con base en los datos que a continuación se presentan, aquí sostendremos que los grupos mayas del Clásico se desarrollaron bajo el modo de producción de la Sociedad Clasista Inicial. Cabe destacar, que, aunque se exponen aspectos correspondientes a las relaciones de producción, se hace especial énfasis en la dimensión superestructural, en donde se insertaron los discursos ideológicos que permitieron la reproducción y perpetuación del sistema, ya que esto nos permite comprender

las estrategias y mecanismos de control empleados por la sociedad maya del Clásico, representada aquí por las ciudades de Palenque, Toniná y Yaxchilán; específicamente nos permite entender la función que cumplieron las esculturas de cautivos y la relación que tuvieron con el ejercicio del poder (González, 2013).

2. Los mayas del Clásico, una Sociedad Clasista Inicial

Distintas investigaciones realizadas a lo largo de varias décadas han proporcionado datos suficientes que apoyan la hipótesis de que los mayas del Clásico (250-900 d.n.e.) se estructuraron bajo la forma de una *Sociedad Clasista Inicial*. Varios autores (Benavides, 1995b; Martin y Grube, 2008; Schele y Miller, 1986; Webster, 2000) coinciden en que la sociedad maya del Clásico se encontraba profundamente jerarquizada.

En trabajos arqueológicos ha podido constatarse que existían diferencias marcadas en las formas de enterramiento de distintos individuos, tanto en los espacios donde éstos fueron depositados, como en las ricas ofrendas que los acompañaban. Los espacios habitacionales y las calidades de los materiales con que éstos fueron construidos; el acceso diferencial a bienes de intercambio a larga distancia —como piedras verdes, plumas preciosas, espejos de pirita y hematita, conchas de moluscos marinos— y el hecho de que sólo unos cuantos individuos fueran representados en el registro oficial (estelas, dinteles, estucos, cerámicas) resaltan también la diferencia entre grupos (Benavides, 1995a, 1995b). A esto se suman los hallazgos epigráficos que han revelado la existencia de “títulos nobiliarios”, es decir, glifos especiales que distinguen a gobernantes, militares, religiosos y artesanos especializados (Martin y Grube, 2008).

Este acceso a bienes suntuarios y la construcción de espacios diferenciados fueron sostenidas y alimentadas por la producción de alimento suficiente para sostener a todos los grupos no vinculados directamente con el trabajo agrícola. De manera que puede inferirse la transferencia de bienes alimentarios de los grupos productores a los grupos no-productores. Además de esta transferencia de productos, la fuerza de trabajo de los grupos campesinos debió ser requerida también para la construcción de obras públicas, edificios cívico-ceremoniales, así como para la realización de campañas militares (Webster, 2000). De acuerdo

con Grube (2011) y Martin y Grube (2008), la autoridad que poseían los gobernantes les permitía disponer de la fuerza de trabajo del pueblo para campañas militares, pago de tributos y control del intercambio de bienes.

Estos datos indican entonces que la sociedad maya del Clásico se encontraba constituida por al menos tres clases sociales: la productora —integrada por agricultores, trabajadores de mantenimiento, cargadores y sirvientes—, la de especialistas —compuesta por lapidarios, pintores, escultores, escribas, arquitectos, sacerdotes, guerreros y mercaderes— y la gobernante —compuesta por uno o más linajes, responsables de las decisiones políticas, económicas, religiosas y sociales de la colectividad— (Benavides, 1995a, 1995b). Estas clases se distribuían en dos ámbitos diferentes: rural, donde se desarrollaban actividades agroartesanales, y urbano, donde las actividades primordiales eran las político-administrativas.

Esta división clasista requirió del desarrollo de mecanismos de legitimación ideológica que permitieran a las élites, la apropiación de la fuerza de trabajo de los productores. Así, los gobernantes requirieron mostrarse a sí mismos como autoridad política suprema con atributos divinos, lo que los promovía como individuos indispensables para la continuación del “orden cósmico” (Martin y Grube, 2008; Schele y Miller, 1986). Ellos comisionaron la elaboración de dinteles, estelas, altares, paneles y edificios enteros para la conmemoración de hechos relevantes para ellos y sus linajes. Dentro de las múltiples esculturas que comisionaron, destacan por su contenido político las representaciones de cautivos de guerra: por lo general hombres jóvenes, mínimamente vestidos, atados y despojados de sus atributos de poder. Vale la pena señalar que la clase de los especialistas jugó en este sentido un papel central. Al ser la responsable de la generación de bienes suntuarios y servicios especiales, frecuentemente se encontró subordinada a las necesidades de la élite. Aunque la historia y el discurso oficial fueron dictados por la clase gobernante, una de las tareas más importantes de estos artesanos especializados fue vehicular el discurso del poder. Ellos fueron los responsables de la producción directa de los medios de legitimación de la élite: labraron esculturas y narraron proezas en la piedra, diseñaron palacios y templos, elaboraron joyas, tocados y lujosas vestimentas.

Uno de los rasgos característicos del Clásico Tardío (600-900 d.n.e.) es la frecuente referencia

a conflictos bélicos en las narraciones vertidas en la escultura. Las contradicciones entre las clases sociales y las diferencias de intereses al interior de la clase gobernante favorecieron las disputas por gobiernos y ciudades. La poligamia, los matrimonios entre élites, la designación de herederos y la posibilidad de gobernar de las mujeres en la ausencia de un heredero hombre causaron serios problemas en términos de la legitimidad y el derecho a gobernar. Esto generó escisiones al interior de la clase gobernante y dio lugar a las luchas faccionales dentro y fuera de las entidades políticas, en las que generalmente alguno de los bandos hacía uso de la violencia para revertir las relaciones de poder y así verse favorecida (González, 2013; Webster, 2000). Como consecuencia de estas luchas intestinas, fueron comisionadas las representaciones de cautivos en las que gobernantes y líderes militares de otras ciudades, son mostrados siendo sometidos por algún personaje de la élite local, generalmente el gobernante.

Es importante destacar que estos conflictos bélicos entre entidades políticas no se referían a la expansión territorial, se trataba de la extensión de las redes de intercambio y tributo (Martin y Grube, 2008), pues lo relevante era apropiarse de mayor fuerza de trabajo y excedentes. En otras palabras, no importaba adquirir tierras, sino mano de obra. Grube (2011) indica que una de las ganancias inmediatas para la élite vencedora fue la posibilidad de disponer de recursos materiales y nueva fuerza de trabajo para la construcción de edificios públicos y privados, la manufactura de bienes y la extracción y transformación de materias primas. Esta forma específica de la guerra permitía obtener tributos, forzar redes de intercambio desigual, además de disponer de más gente para las siguientes batallas.

Además de las ventajas de carácter económico, el resultar victorioso generaba la sensación de inseguridad a las poblaciones gobernadas por élites menos exitosas en la guerra. Este temor debió infundir la necesidad de protección por un grupo más poderoso y de *reputación intimidatoria* (Martin y Grube, 2008) que desalentara a grupos rivales. Justamente este miedo e inseguridad favorecía la creación de alianzas políticas. Como veremos más adelante, el aspecto intimidatorio fue un aspecto clave de las representaciones de cautivos donde el vencedor era mostrado en una posición superior, fuerte y dominante, en oposición total a los vencidos (González, 2013; Schele, 1979).

Algunos autores indican que la excesiva carga de trabajo, los abusivos tributos y la violencia a la que fueron sometidos los grupos campesinos, provocaron revueltas sangrientas en las que eliminaron a los grupos en el poder o los obligaron a huir (Ambrosino, 2002). En muchas ciudades se ha observado que, hacia el final del periodo Clásico Tardío, esculturas, templos y palacios fueron destruidos de manera deliberada (Ambrosino, 2002; Martin y Grube, 2008; Yadeun, 2011).

3. Espacios escénicos y teatralidad

En términos generales, la sociedad maya del Clásico Tardío tuvo un fuerte interés en la demostración, a través de distintos medios visuales, del poder de los gobernantes, así como del control efectivo que ejercían sobre los recursos y la población. Esta ostentación sirvió como un mecanismo, no sólo de glorificación del gobernante y sus aliados, sino de propaganda política propiamente dicha, mismo que permitía la creación de atmósferas de miedo y obediencia. Para ello se valieron de múltiples estrategias políticas y mecanismos de ejercicio, comunicación y legitimación de su poder, entre las que encontramos las esculturas de cautivos y los edificios monumentales de las ciudades.

Los centros políticos urbanos constituyeron la materialización del poder en sí mismo, pues la construcción de plazas, palacios y edificios cívico-ceremoniales requirió de la apropiación de fuerza de trabajo de la clase productora. Dicha fuerza de trabajo fue empleada en diferentes procesos: la obtención y preparación de alimentos para toda los especialistas de tiempo completo y la familia en el poder, la obtención de materias pri-

mas para la confección de bienes no suntuarios, el transporte y preparación de materiales constructivos y la construcción misma de los edificios cívico-ceremoniales. Dentro del complejo urbano de las ciudades mayas, destacan, por su relevancia en la legitimación del poder, los palacios.

Los palacios constituyeron espacios exclusivos de la élite a la que se adscribía no sólo el gobernante sino su familia. Un palacio también podía albergar a miembros vinculados a la clase poderosa: músicos, escribas y otros artesanos especializados, quienes gozaban de privilegios y de cierto prestigio. Estos espacios, además de albergar la producción de bienes suntuarios, servían para la realización de actividades relacionadas con la administración y la burocracia (Inomata, 2011). Además, cumplieron una función ideológica, sirvieron como escenario para la realización de diversos rituales políticos: nombramiento de la descendencia, ascenso al gobierno, recibimiento de élites foráneas, presentación de tributos, sangrados rituales y exhibición de cautivos (González, 2013; Inomata, 2001; Schele y Miller, 1986; Stuart, 2003). Muchas de estas actividades rituales, de las que sabemos por los registros hechos en estelas, paneles y murales, se realizaron al interior de los palacios cuando se trataba de asuntos privados, que sólo involucraban a la élite, o bien, en su exterior, en plazas y patios, cuando se deseaba involucrar a un rango más amplio de personas de distintas clases (Figura 1).

Así como los palacios, las plazas jugaron un papel fundamental en la comunicación de la propaganda política del gobierno en turno. Inomata (2006) señala que los eventos realizados en plazas, patios y demás espacios abiertos, respondie-



Figura 1. Palacio de Palenque. En él se han encontrado múltiples esculturas e inscripciones que narran eventos importantes para la élite. La mayoría de las representaciones de cautivos de esta ciudad se concentran en él. (Fotografía: González, 2012).

ron diversas necesidades políticas y religiosas, por lo que en algunos sólo participaban miembros de la élite, en otros se involucraban invitados foráneos y en unos más requirieron la participación del pueblo como espectador. Las plazas, espacios públicos por excelencia, permitían concentrar a una gran cantidad de gente en actos políticos y religiosos, dada su buena acústica y la presencia de plataformas circundantes que podían ser ocupadas por la multitud (Navarrete, 2011). El tamaño y el grado de accesibilidad de estos espacios fueron de suma importancia, puesto que aseguraban que lo en ellas efectuado fuera visible para una mayor cantidad de gente (Ciudad *et al.*, 2011). Ocasionadamente, las plazas tuvieron un carácter más restringido o francamente exclusivo, pues no todos los rituales demandaban la presencia de la gente común, algunos de ellos sólo requerían la presencia de la élite o invitados especiales.

Uno de los rituales realizados con mayor frecuencia en las plazas fue el sacrificio de prisioneros de guerra. Este espectáculo de muerte permitía explicitar el poder político e imponer un orden social determinado. Ese despliegue de violencia donde la humillación, la muerte y el miedo eran fundamentales, tenía la intención de hacer partícipe al pueblo y a los aliados, de la derrota del enemigo. Esto pudo haber provocado en los espectadores sentimientos de lealtad y miedo hacia la entidad política ejecutante (Inomata y Triadan, 2002). Estos rituales fungieron como negociadores de las relaciones asimétricas, de la legalidad y la legitimidad del poder de los diferentes gobiernos. De esta manera, las plazas constituyeron espacios para el ejercicio del poder.

Inomata (2001, 2006) considera probable que las esculturas fueran colocadas en los espacios en donde los rituales que conmemoran se llevaron a cabo con la intención de que dichos eventos fueran recordados y revividos mientras las esculturas permanecieran expuestas. Por ejemplo, el Patio Este del Palacio en Palenque, en el que se encuentran varias esculturas de cautivos, pudo haber constituido un espacio de presentación de cautivos y otras ceremonias de carácter restringido donde sólo fuera admitido un número limitado de espectadores y participantes (Schele y Miller, 1986).

Así, en las plazas se colocaron las estelas y esculturas en las que se representaron las escenas que *debían* ser recordadas (Inomata 2006; Schele 1979). En general, las estelas y esculturas de bulto

redondo que representan cautivos fueron colocadas en las grandes plazas de las ciudades, donde pudieron ser observadas por una mayor cantidad de gente, mientras que dinteles, paneles y escalones con cautivos fueron colocados en espacios más restringidos y más privados, donde sólo los miembros de las élites pudieran verlos (González, 2013). De manera que las plazas y otros *espacios escénicos* constituyeron excelentes vehículos para la propaganda política y la visibilización del poder (Inomata, 2001; Inomata *et al.*, 2011).

Esto nos lleva al concepto de *teatralidad* (Inomata, 2001, 2006, 2011; Tsukamoto e Inomata, 2014), que se refiere a la estrategia política mediante la cual se realiza la reproducción de los discursos de poder. Ésta consistía en la actuación pública o ritual realizada frente a una audiencia determinada a la que se le presentaba un mensaje específico donde se renegociaba, normalizaba y naturalizaba la relación asimétrica dominador-dominado (Inomata *et al.*, 2011). Los gobernantes mayas, como las élites de otras sociedades clásicas, tuvieron un interés muy marcado en la funcionalidad política de símbolos y rituales; por ello dirigieron y protagonizaron grandes espectáculos, inmortalizados en estelas, dinteles, murales y vasijas, destinados a la justificación de la ideología dominante a través de la cual revalidaron su posición y su poder. Es decir, se valieron de diversos mecanismos para imponer y mantener un orden social determinado, donde las relaciones de dominación constituían el *deber ser*.

La eficacia política de estas actuaciones políticas, muchas veces enmascarados por la religión, estuvo sostenida en la conjunción e iteración de distintos marcadores de poder —la majestuosidad y masividad de templos, palacios y plazas, la riqueza de los gobernantes apreciable en sus vestimentas, joyas y ornamentos, además del despliegue de violencia visual— a través de los cuales se crearon y reforzaron pautas simbólico-conductuales en los espectadores. El suplicio y sacrificio de los cautivos constituyeron una manera explícita de mostrar el poder político y el orden social ideal. De esta manera reafirmaban su superioridad frente a todo su pueblo, que simultáneamente resultaba protegido e indefenso frente a la élite.

Así, la *teatralidad* constituyó una estrategia política de reproducción de los discursos de poder, frecuentemente sostenida en la violencia que, ejercida mediante signos y símbolos, sirvió para generar una atmósfera de miedo e inseguridad. En

otras palabras, las élites mayas —ejemplificadas aquí por las de Yaxchilán, Toniná y Palenque durante el Clásico Tardío— emplearon una estrategia teatral basada en la violencia para normalizar el orden hegemónico existente, mediante la cual lograron tanto el amedrentamiento y sumisión de la clase productora, por un lado, como la legitimidad de su mandato frente a otros individuos de la élite, por el otro.

Esta existencia de al menos dos grupos frente a los cuales debían legitimarse se infiere del hecho de que las esculturas de cautivos no fueron colocadas siempre en los mismos espacios: algunas fueron colocadas al interior de los edificios o en los vanos de entrada (dinteles, escalones y paneles), mientras que otras se colocaron en plazas, patios y canchas de juego de pelota (estelas, pilares y esculturas de bulo redondo). Como ya apuntábamos, esto se explica por la necesidad de dirigirse a públicos distintos que se movían en espacios físicos bien diferenciados: las élites y los invitados podían acceder a espacios más restringidos como templos, palacios y patios exclusivos; mientras que al resto del pueblo se le concedían tan sólo las plazas y patios más amplios y distantes de las habitaciones de élite.

Siguiendo la propuesta de Bate Petersen (1998) sobre la formación social, integrada por la estructura o ser social y la superestructura, donde la superestructura está conformada por la psicología social y la institucionalidad, que en la *Sociedad Clasista Inicial* se denominan ideología y política, podemos afirmar que en el entramado social maya del Clásico Tardío, las esculturas de cautivos se insertaron en el orden de la superestructura, como un aspecto político en el que la *teatralidad* constituyó una estrategia para el ejercicio del poder y las propias esculturas un mecanismo de control inserto en ésta y fundado en la violencia. Esta estrategia, ejercida mediante sus múltiples mecanismos o dispositivos, donde las esculturas sólo corresponden a uno de ellos, reincidía en aspectos ideológicos que mantenían la estructura de opresión, de la que se beneficiaron las élites.

De acuerdo con Foucault (2009), la política, es decir, las distintas formas de ejercicio del poder se realizan efectivamente a través de diversas estrategias, que a su vez requieren de mecanismos o dispositivos específicos para su ejecución. Así en la sociedad maya, entendida como Sociedad Clasista Inicial, la *teatralidad* (Inomata, 2001, 2006) constituyó una estrategia política que sirvió a la

clase explotadora como vehículo para comunicar el discurso de poder y el orden social aceptado. Esta estrategia incorporó diversos mecanismos, uno de los cuales lo conformó la elaboración y exhibición de esculturas de cautivos que, mediante la violencia legitimaba y normalizaba las relaciones asimétricas y la posición privilegiada de los individuos adscritos a las élites. Estos mecanismos o dispositivos políticos, al incidir en el ámbito ideológico promovieron el mantenimiento de determinadas relaciones de producción y reproducción de las que se vieron beneficiadas las élites (Figura 2).

Vale destacar que de los sucesivos gobiernos de las ciudades estudiadas, Palenque, Toniná y Yaxchilán, hubo algunos en los que las representaciones de cautivos fueron colocadas estratégicamente tanto en espacios públicos como privados: estelas en las plazas, dinteles y escalones en edificios más altos en Yaxchilán; pilares que miraban a la plaza principal y paneles dentro del palacio en Palenque; esculturas exentas en la plaza principal, paneles y escalones en los edificios más elevados en Toniná (cf. González, 2013). Este interés tanto en lo público como en lo privado nos permite inferir que en estos gobiernos las representaciones de prisioneros constituyeron un *mecanismo de legitimación generalizado*; es decir, dirigido tanto a las élites como al común del pueblo. Por otro lado, en otros gobiernos de las tres entidades, estas representaciones fueron colocadas principalmente en espacios exclusivos o privados, tales como patios, vanos de puertas y el interior de los edificios. Este interés casi exclusivo en lo privado nos lleva a afirmar que, en dichos gobiernos, las esculturas constituyeron un *mecanismo de legitimación particularizado*, dirigido a la élite local para la conservación del derecho a gobernar.

También se observó que en todos los casos las esculturas de cautivos fueron comisionadas durante los gobiernos que retomaron el orden de la ciudad después de algún acontecimiento crítico, ya fuera la instauración de un nuevo linaje tras la disputa por el poder, la derrota en la guerra, la captura de algún personaje sobresaliente, así como las disputas entre élites locales o potenciales herederos por el derecho a gobernar. Es decir, las esculturas de cautivos aparecieron tras las crisis de legitimidad de las élites, quizá porque, como asegura Benjamin (2007) toda violencia es fundadora o conservadora de derecho, pues si no aspira a ninguna de estas dos, renuncia a toda validez.

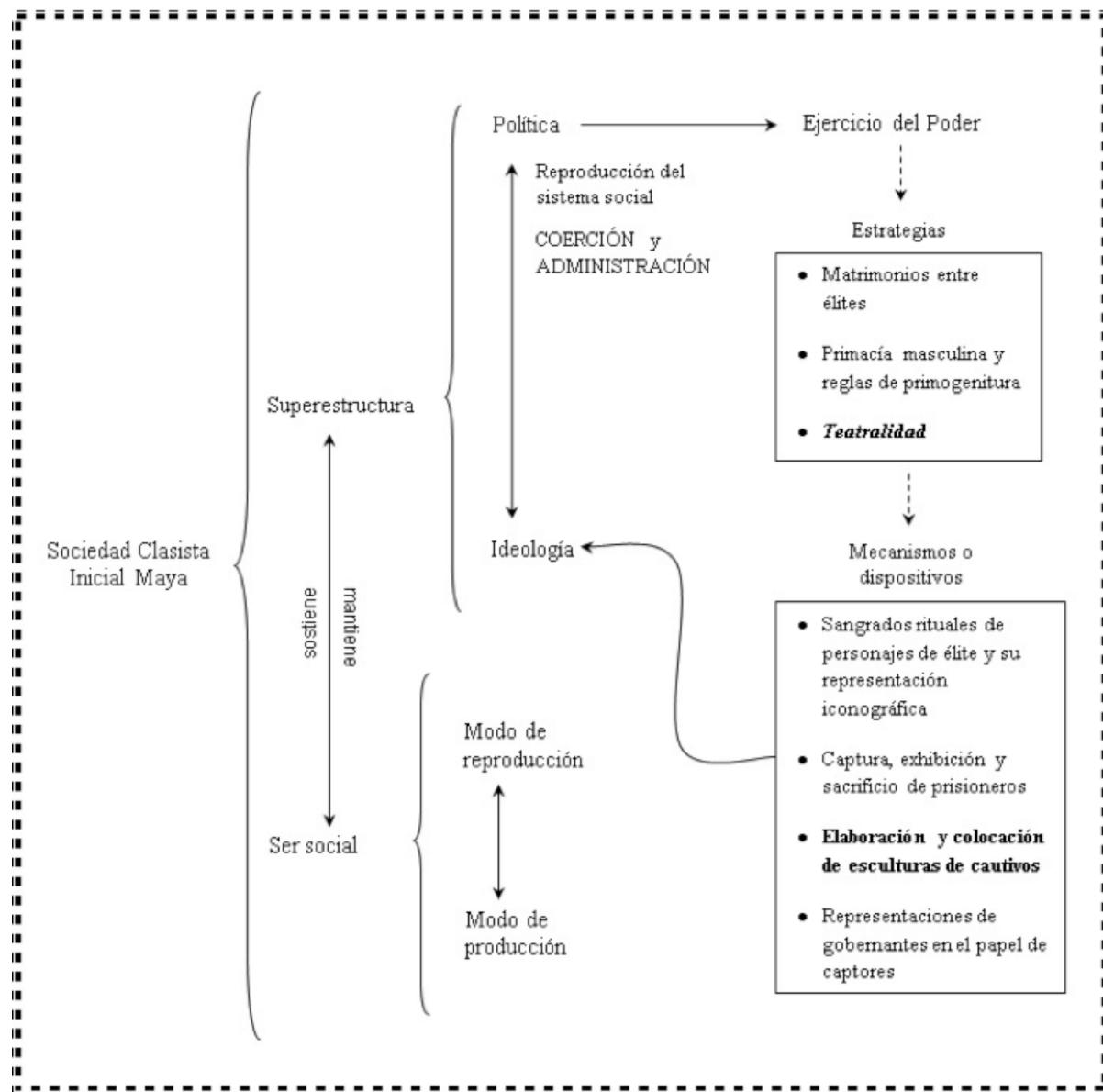


Figura 2. Síntesis Bate (1998), Foucault (2009), Inomata (2001, 2006, 2011), modificado a partir de González, 2013.

4. Iconografía de los cautivos y el discurso de poder

Un aspecto significativo de las sociedades clasistas que se observa con claridad en la sociedad maya del Clásico Tardío es la necesidad de legitimación de los gobiernos. Esta reproducción ideológica fue realizada a través de diversos mecanismos de propaganda, entre ellos la arquitectura y la escultura, cuya función político-social —más allá de su dimensión estética y económica— habría sido la de naturalizar el poder político de los gobernantes e investirlos del carácter de indispensa-

bles para el correcto funcionamiento del cosmos. No es gratuito que, en varios momentos de la historia maya, se realizaran programas masivos de desarrollo urbano y escultórico para defender la posición superior de la élite (González, 2013; García, 2011; Schele y Miller, 1986).

Como señalábamos antes, en la escultura se incorporaron narraciones de la historia oficial: nacimientos y decesos de gobernantes, guerras y toma de cautivos, ascensos al poder, sucesiones de gobernantes e historia de los linajes. Como ocurre con cualquier historia oficial, los acontecimientos que en ella son referidos no deben ser tomados de

manera literal o ni como hechos imparciales, pues lo que ahí se narra difícilmente ocurrió tal y como lo contaron los vencedores. La historia oficial, al ser plasmada en medios visuales que a su vez fueron colocados en espacios donde fueran visibles, formó parte de medios de propaganda y legitimación de las élites.

Cabe señalar, que en la escultura no sólo se plasmaron inscripciones glíficas, la historia, sino también imágenes y representaciones de individuos determinados realizando acciones específicas. Esto es importante porque si consideramos que la escritura constituía un bien de prestigio, y por ende no era accesible al común del pueblo, entonces las imágenes debieron tener especial trascendencia en la comunicación del mensaje político. Inomata (2001) indica que la colocación de esculturas en determinados lugares debió favorecer que las prácticas llevadas a cabo en esos espacios fueran evocadas constantemente mientras éstas estuvieran expuestas. Además, Baudez (2000) señala que la escena más frecuentemente representada en la escultura maya, especialmente en la región del Usumacinta, fue la exhibición de cautivos, mismas que fueron colocadas en espacios tanto públicos como privados. En este sentido, las representaciones de cautivos resultan particularmente interesantes para el estudio del poder en esta sociedad.

Schele (1979) señala que, durante la guerra, individuos prominentes, personajes de alto rango, eran capturados y llevados de vuelta a la ciudad victoriosa para ser exhibidos, sangrados, torturados, humillados y finalmente sacrificados en espacios públicos durante ceremonias, tales como las de finales de periodo, designación de sucesor, muerte de un gobernante. Así, la presentación de cautivos no sólo cumplía la función política de celebrar públicamente la derrota del oponente, sino también la ritual, el sacrificio propiamente dicho, en donde su muerte se planteaba como necesaria para la continuidad de la vida tal como era conocida (Schele, 1979; Stuart, 2003). Algunos casos excepcionales los constituyeron los gobernantes capturados en batalla: dada su relevancia política, estos individuos podían ser mantenidos con vida como rehenes o bien podían ser devueltos a su lugar de origen como vasallos del vencedor. En el caso de las mujeres prominentes, éstas eran secuestradas y aprisionadas para forzar alianzas matrimoniales a través de las cuales se obligaba a la élite vencida a establecer redes de intercambio

y lealtad. Además, estas relaciones aumentaban el estatus y dotaba de prestigio a quien se unía con dichas mujeres (Grube, 2011). Algunos hallazgos recientes de esculturas de mujeres guerreras (M. E. Gutiérrez, comunicación personal, 2016) que se suman a las contadas representaciones de mujeres cautivas, obligan a pensar que el papel que algunas de ellas desempeñaron en la guerra fue semejante al de los hombres, pues el tratamiento iconográfico que reciben es equivalente al de éstos.

En términos iconográficos, las figuras de cautivos son relativamente fáciles de reconocer (Tabla 1), pues son mostrados con *marcas de humillación*: están arrodillados o sentados, con los brazos atados detrás de la espalda o cerca del pecho, con el cabello sujeto detrás de la cabeza con una tira de tela que podía ser lo suficientemente larga para ser introducida por los orificios lobulares en lugar de las orejeras de piedra (Baudez y Mathews, 1978; Kaneko, 2009; Schele, 1979) (Figura 3).

Más específicamente las imágenes de cautivos se distinguen por dos conjuntos de atributos: la *indumentaria* y la *actitud*. La *indumentaria* del cautivo suele ser más bien escasa, pues parte de la humillación consistía en ser despojados de sus



Figura 3. Monumento 154 de Toniná. En este cautivo destacan las orejeras “matadas”, el moño de tela en la cabeza y las cuerdas que mantienen sus brazos detrás de la espalda. (Fotografía: Israel G. Ozuna García, 2012).

YAXCHILÁN	TONINÁ	PALENQUE
Paño	Paño	Paño
Faldellín	---	Faldellín
Moño de tela	Moño de tela	Moño de tela
Cabello en coleta	Cabello en coleta	Cabello en coleta
Ataduras	Ataduras	Ataduras
Orejeras lisas	Orejeras lisas, aserradas y "matadas"	Orejeras lisas y aserradas
Capas o lienzos	---	Capas o lienzos
Abanicos	Yugos	Perforadores
Elementos excepcionales (tocados y joyas)	Elementos excepcionales (tocados y joyas)	Elementos excepcionales (tocados y joyas)

Tabla 1. Síntesis de los elementos que conforman la indumentaria de los cautivos de los tres yacimientos.

ropajes y quedar mínimamente vestidos. Uno de sus elementos distintivos lo constituyen las orejeras de tela, ya fueran lisas, aserradas o con óvalos cortados en señal de "matado", reemplazaban a las suntuosas orejeras de piezas de piedra verde. El cabello era sujetado con tiras de tela, que ocasionalmente forma un nudo o moño, en la parte superior de la cabeza. Esto último facilitaba el arrastrarlo por el cabello y por eso mismo es interpretado iconográficamente como control sobre el cautivo (González, 2013, 2015; Schele, 1979).

Como ya mencionábamos, la mayoría de los prisioneros aparecen con escasa ropa y sin joyas, sólo visten una tela que cubre genitales y nalgas. De manera excepcional, se encuentran representaciones de cautivos desnudos que, aunque escasas, constituyen casos notables, pues además de estar desnudos, aparecen con genitales hipertróficos (Figura 4). También presentan algunos elementos

accesorios culturalmente asociados con el significado de captura, como cuerdas, telas anudadas y yugos, así como otros asociados con el significado de muerte, tales como abanicos que apuntan al suelo, estandartes o lienzos "matados" (Figura 5) y perforadores. Los casos excepcionales los constituyen los personajes sobresalientes de las élites, mismos que no necesariamente fueron despojados de sus joyas, tocados ni ropajes.

En cuanto a la *actitud*, la mayoría de los cautivos son mostrados arrodillados, aunque también los hay sentados, postrados, contorsionados y de cabeza (Tabla 2). Pueden llevar los brazos atados, detrás de la espalda, cruzados sobre el pecho o llevarse alguna mano a la boca. En los casos en los que el gobernante acompaña al cautivo, éste es mostrado en una escala mayor que el cautivo, sus formas son las de un hombre fuerte e imponente y suele sujetar al cautivo por una extremidad o

por el cabello. Ocasionalmente, el cautivo toca algún elemento del atavío del gobernante, como en señal de súplica o sumisión. Un caso extraordinario lo constituye el Dintel 45 de Yaxchilán (Figura 6), donde el cautivo arrodillado, acerca el escudo flexible de su captor a su boca para besarlo.

También pueden presentar otros elementos, como líneas o puntos indicativos de sangrado, ojales o círculos que indican su calidad de "matado". Como indicamos antes, de manera excepcional son mostrados desnudos y con los genitales hipertróficos.



Figura 4. Panel de la Casa A de Palenque. Destacan los genitales hipertróficos del cautivo que ha sido despojado de toda su indumentaria. (Fotografía: Israel G. Ozuna García, 2012).

No es este el espacio para abundar en torno al significado de estos elementos aislados ni los conjuntos de significados que la combinatoria de éstos genera. Baste señalar que en las esculturas existe una distinción fuertemente marcada entre los cautivos y los captores; los primeros se muestran empequeñecidos (sentados, acostados, arrodillados) y, en algunos casos, en una escala reducida, débiles y empobrecidos al haber sido despojados de sus joyas y atavíos lujosos, así como humillados y despreciados. Además, presentan diversas asociaciones con la muerte, como los ojales en telas, las marcas de sangrado y el estar de cabeza o contorsionado.

Es importante señalar que, a través de la indumentaria y la actitud representadas en estas esculturas, los vencedores pretendieron naturalizar la inferioridad del individuo cautivo y, a través de éste, la inferioridad política de sus enemigos derrotados. Asimismo, el cautivo en su calidad de víctima sacrificial, identificado por las marcas de



Figura 5. Réplica del Panel del Escriba de Palenque. Destacan las líneas de sangrado en el rostro del cautivo, el perforador que lleva en la mano derecha y el estandarte "matado" que sostiene en la izquierda. (Fotografía: González, 2012).



Figura 6. Dintel 45 de Yaxchilán. El cautivo arrodillado besa el escudo flexible de su captor. (Fotografía: Israel G. Ozuna García, 2012).

“matado”, las señales de sangrado y otras metáforas de muerte, pudieran indicar el destino que tuvo el personaje representado. Además, el que algunos cautivos conservaran algunos atributos de poder, como tocados, pectorales, brazaletes u orejeras, resaltaba el valor de la captura; es decir, estos elementos permitían reconocer la relevancia política del prisionero, pues los personajes así representados han sido identificados como antiguos gobernantes, líderes militares y otros individuos sobresalientes de la élite vencida (Figura 7).

Por su parte, los gobernantes en su papel de captores fueron mostrados de pie y con una rica indumentaria, erguidos, altos, fuertes y corpulentos, además de portar en su vestimenta cabezas trofeo (Baudez, 2000). En las esculturas, los cautivos llevan inscrito en sus cuerpos y vestimentas el control que sobre ellos se tenía. Se resaltan en ellos la cautividad, el sometimiento, la sumisión y la degradación simbolizadas por las ataduras, el despojo de sus ornamentos suntuosos, la pobreza de su vestido o su desnudez y, en ocasiones, por el gobernante que los sujetaba por el cabello o se muestra imponente junto a ellos (González, 2013).

Todo esto nos permite afirmar que en la iconografía de los cautivos había inscrito un mensaje político claro y contundente a través del cual se

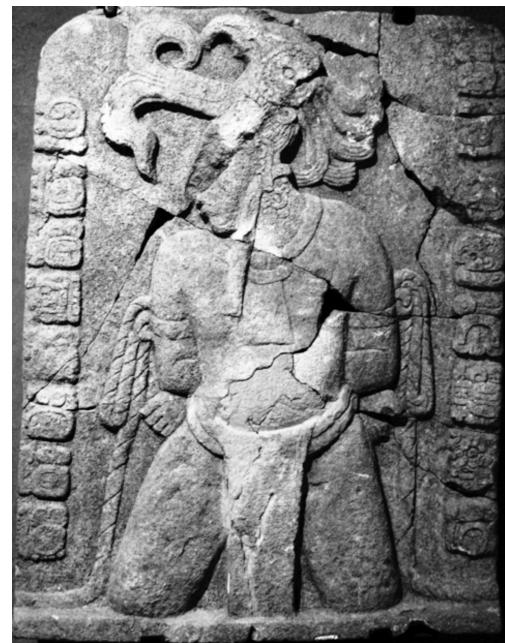


Figura 7. Monumento 172 de Toniná. Este cautivo, llamado K'awil Mo', fue un líder militar de Palenque quien fuera capturado por el gobernante K'inich Baa-nal Chaak de Toniná. A diferencia de otros cautivos, éste conserva su tocado. (Fotografía: González, 2012).

pretendió la naturalización de la realidad: los subordinados estaban predestinados a serlo debido a su inferioridad física, económica y política, de manera tal que la posición privilegiada de las élites vencedoras se convertía en legítima y natural. Así, la toma, exhibición y sacrificio de prisioneros constituyó un mecanismo ideológico de intimidación y legitimación, sostenido y justificado a través de la religión y la ritualidad, dentro del cual las representaciones de cautivos fungieron como recordatorios del poder y la violencia que las élites estaban dispuestas a ejercer.

5. Comentarios finales

Sólo resta subrayar que no sólo las esculturas de cautivos fungieron como mecanismos de control. La toma, exhibición y sacrificio de los prisioneros, igualmente, constituyó un mecanismo ideológico de intimidación y legitimación, a través del cual las élites mayas fundaron su derecho en la violencia y lo justificaron a través de la ritualidad y la religión.

Así, los cautivos fueron incorporados a un discurso ideológico dominador donde el *sacrificio*, la muerte institucional, sostenía la idea de superioridad de los gobernantes y sus familias. Sin em-

**Estrategias políticas y mecanismos de legitimación de una Sociedad Clasista Inicial:
las esculturas de cautivos mayas del Clásico Tardío**

YAXCHILÁN	TONINÁ	PALENQUE
Arrodillado / Sentado	Arrodillado / Sentado	Arrodillado / Sentado
---	Postrado	Postrado
---	Contorsionado	---
De cabeza	---	---
Brazos atados	Brazos atados	Brazos atados
Brazos cruzados	Brazos cruzados	Brazos cruzados
Brazos detrás de la espalda	Brazos detrás de la espalda	Brazos detrás de la espalda
Gobernante presente sujetando al cautivo	---	Gobernante presente sujetando al cautivo
Mano a la boca	Mano a la boca	Mano a la boca
Tocar al captor	---	Tocar al captor
Besar el escudo	---	---
Marcas de sangrado	Marcas de sangrado	Marcas de sangrado
---	"Matado"	"Matado"
---	Hipertrofia / Desnudez	Hipertrofia desnudez

Tabla 2. Síntesis de las actitudes en que son mostrados los cautivos de los tres yacimientos.

bargo, más allá de estos personajes, las víctimas efectivas del sistema de dominación fueron los grupos agroartesanales cuya fuerza de trabajo fue transferida sistemáticamente (como productos y como mano de obra) a las clases en el poder. Fue la clase productora la explotada, sometida, excluida e invisibilizada de la historia la que efectivamente sostuvo a este sistema, en el cual los poderosos elaboraron el discurso que aseguró las relaciones asimétricas e injustas con un balance a su favor. Es decir, las élites ocultaron ideológicamente las relaciones objetivas de propiedad y justificaron su supuesto derecho a explotar y a enajenar a las cla-

ses productoras a través de distintos mecanismos, uno de los cuales fueron las representaciones de cautivos.

Como ya señalábamos, Ambrosino (2002) ha propuesto que la excesiva carga de trabajo, los tributos y la violencia, a la que fue sometida la clase explotada, debieron provocar revueltas sangrientas donde las familias en el poder fueron eliminadas u obligadas a huir. Esta idea se ve reforzada por el fenómeno observado en distintos lugares: la destrucción deliberada de estelas, pinturas, templos, palacios y otras obras comisionadas por las élites, en un intento de desacralización de los

antiguos regímenes. En Toniná, buena parte de las esculturas (no sólo las de cautivos) fueron decapitadas de manera intencional, y edificios enteros, fueron destruidos y enterrados.

Más allá de las esculturas de cautivos, es importante estudiar el origen de las estrategias de ejercicio del poder y los distintos mecanismos a través de los cuales fueron ejercidas, pues difícilmente surgieron durante el Clásico Tardío. Es muy probable que muchas de ellas se hayan gestado en períodos anteriores, inclusive anteriores a la existencia de la *Sociedad Clasista* como tal. A nuestro parecer, este despliegue de violencia no constituyó una política innovadora, sino su perfeccionamiento y consolidación. Algunas de estas estrategias debieron surgir en este momento histórico como consecuencia de condiciones contingentes y como resultado del desarrollo de las fuerzas productivas de este periodo, pero no ha sido precisado cuáles son resultado de nuevos fenómenos, cuáles son resultantes de una larga tradición de ejercicio del poder y cuáles se instauraron en el Clásico Tardío como estrategias de dominación propiamente dichas.

6. Bibliografía

- AMBROSINO, James. 2002: "The ritual destruction of buildings in the maya lowlands: evidence from Yaxuna, Yucatan, México". EN UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO (ed.): *Memorias del Tercer Congreso Internacional de Mayistas, Vol. I*, pp. 361-373. Universidad de Quintana Roo, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM. México.
- BATE PETERSEN, Luis F. 1984: "Hipótesis sobre la sociedad clasista inicial". *Boletín de Antropología Americana*, 9, pp. 47-86.
- BATE PETERSEN, Luis. 1998: *El proceso de investigación en arqueología*. Crítica. Barcelona.
- BATE PETERSEN, Luis. 2002: "Condiciones para el surgimiento de las sociedades clasistas". En CABILDO INSULAR DE G. CANARIA (ed.): *Coloquio de Historia Canario-Americana XVI*, pp. 292-308. Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Cabildo de Gran Canaria.
- BAUDEZ, Claude. 2013: *El dolor redentor. El autosacrificio prehispánico*. Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, UNAM. Mérida.
- BAUDEZ, Claude. 2000: "El botín humano de las guerras mayas: decapitados y cabezas-trofeo". En S. TREJO (ed.): *La guerra entre los antiguos mayas. Memoria de la Primera Mesa Redonda de Palenque*, pp. 189-204. CONACULTA, INAH. México.
- BAUDEZ, Claude; MATHEWS, Peter. 1978: "Capture and sacrifice at Palenque". En M. GREENE ROBERTSON y D.C. JEFFERS. (eds.): *Tercera Mesa Redonda de Palenque, Vol. IV*, pp. 31-40. Pre-Columbian Art Research Herald Printers. Monterey.
- BENAVIDES CASTILLO, Antonio. 1995a: "El sur y el centro de la zona maya en el Clásico". En L. MANZANILLA y L. LÓPEZ (coords.): *Historia Antigua de México Vol. II: El horizonte Clásico*, pp. 65-99. Miguel Ángel Porrúa, INAH, UNAM. México.
- BENAVIDES CASTILLO, Antonio. 1995b: "El norte de la zona maya en el Clásico". En L. MANZANILLA y L. LÓPEZ (coords.): *Historia Antigua de México Vol. II: El horizonte Clásico*, pp. 101-137. Miguel Ángel Porrúa, INAH, UNAM. México.
- BENJAMIN, Walter. 2007: "Para una crítica de la violencia". En: *Conceptos de filosofía de la historia*, pp. 113-133. Terramar. Buenos Aires.
- CIUDAD RUIZ, Andrés; ADÁNEZ PAVÓN, Jesús; IGLESIAS PONCE DE LEÓN, M. Josefa. 2011: "La imagen del poder real: las plazas monumentales de Machaquilá". En R. LIENDO STUARDO y F. ZALAQUETT ROCK (eds.): *Representaciones y espacios públicos en el área maya. Un estudio interdisciplinario*, pp. 133-159. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM. México, D. F.
- DUSSEL, Enrique. 2011: *Filosofía de la Liberación*. Fondo de Cultura Económica. México.
- FOUCAULT, Michel. 2009: *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores. México, D. F.
- GARCÍA MOLL, Roberto. 2011: "Pájaro Jaguar IV, El grande (709-768 d.C.) Yaxchilán, Chiapas". *Arqueología Mexicana*, XIX(110), pp. 62-67.
- GEERTZ, Clifford. 2000: *Negara: El Estado-teatro en el Bali del siglo XIX*. Paidós Básica. Barcelona.
- GONZÁLEZ DEL ÁNGEL, Gabriela P. 2013: *Violencia, poder y semiótica: las representaciones de cautivos en tres ciudades del Clásico maya*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México, D. F.
- GONZÁLEZ DEL ÁNGEL, Gabriela P. 2015: "Cautivos mayas: el discurso del poder". *El Volcán Insurgente*, 38, pp. 19-29.

**Estrategias políticas y mecanismos de legitimación de una Sociedad Clasista Inicial:
las esculturas de cautivos mayas del Clásico Tardío**

- GRUBE, Nikolai. 2011: "La figura del gobernante entre los mayas". *Arqueología Mexicana*, 19(110), pp. 24-29.
- IANNONE, Gyles. 2016: "Cross-cultural perspectives on the scapegoat king". En G. IANNONE; B. HOUK y S. SCHWAKE (eds.): *Ritual, violence, and the fall of the Classic Maya kings*, pp. 23-60. University Press of Florida. Gainesville.
- IANNONE, Gyles; HOUK, Brett; SCHWAKE, Sonja. 2016: "Introduction". En G. IANNONE; B. HOUK y S. SCHWAKE (eds.): *Ritual, violence, and the fall of the Classic Maya kings*, pp. 1-22. University Press of Florida. Gainesville.
- INOMATA, Takeshi. 2001: "The classic maya palace as a political theater". En A. CIUDAD RUIZ; M. J. IGLESIAS PONCE DE LEÓN y M.C. MARTÍNEZ MARTÍNEZ (eds.): *Reconstruyendo la ciudad maya: el urbanismo en las sociedades antiguas*, pp. 314-361. Sociedad Española de Estudios Mayas. Madrid.
- INOMATA, Takeshi. 2006: "Plazas, performers, and spectators. Political theaters of the Classic maya". *Current Anthropology*, 47(5), pp. 805-842.
- INOMATA, Takeshi. 2011: "La vida en la corte maya". *Arqueología Mexicana*, XIX(110), pp. 30-34.
- INOMATA, Takeshi y TRIADAN, Daniela. 2002: "El espectáculo de la muerte en las Tierras Bajas Mayas". En A. CIUDAD RUIZ; L.H. RUZ SOSA y M.J. IGLESIAS PONCE DE LEÓN (eds.): *Antropología de la eternidad: la muerte en la cultura maya*, pp. 195-207. Sociedad Española de Estudios Mayas, Centro de Estudios Mayas, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. Madrid.
- INOMATA, Takeshi; TRIADAN, Daniela; EBERL, Markus; PONCIANO, Erick. 2011: "Espacios teatrales y la política de comunidades en el centro clásico maya de Aguateca, Guatemala". En R. LIENDO STUARDO y F. ZALAQUETT ROCK (eds.): *Representaciones y espacios públicos en el área maya. Un estudio interdisciplinario*, pp. 77-90. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM. México, D. F.
- KANEKO, Akira. 2009: *El arte de la guerra en Yaxchilán*. México. Tesis de maestría. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.
- NAVARRETE CÁCERES, Carlos. 2011: "El complejo escénico de Chinkultic, Chiapas". En R. LIENDO STUARDO y F. ZALAQUETT ROCK (eds.): *Representaciones y espacios públicos en el área maya. Un estudio interdisciplinario*, pp. 91-131. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM. México, D.F.
- NOCETE, Francisco. 1999: "Las relaciones y contradicciones centro/periferia de la sociedad clasista inicial. Hacia la definición de una unidad arqueológica para la evaluación empírica de los estados prístinos". *Boletín de Antropología Americana*, 34, pp. 39-51.
- OZUNA GARCÍA, Israel. G. 2016: "Comunidad, identidad y conflicto: Apuntes generales sobre resistencia y reorganización social durante el Formativo en Mesoamérica". *El Volcán Insurgente*, 43, pp. 38-44.
- SCHELE, Linda. 1979: "Human sacrifice among the Classic maya". En E.P. BENSON y E.H. BOON (eds.): *Ritual human sacrifice in Mesoamerica*, pp. 7-48. Dumbarton Oaks Library and Collection. Washington D. C.
- SCHELE, Linda; MILLER, Mary. E. 1986: *The blood of kings: dynasty and ritual in maya art*. George Braziller Inc. and Kimbell Art Museum. Nueva York.
- STUART, David S. 2003: "La ideología del sacrificio entre los mayas". *Arqueología Mexicana*, XI(63), pp. 24-29.
- TSUKAMOTO, Kenichiro; INOMATA, Takeshi (Eds.) 2014: *Mesoamerican plazas. Arenas of community and power*. The University of Arizona Press. Tucson.
- VOLOSHINOV, Valentín N. 1996: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- WEBSTER, David. 2000: "Rivalidad, faccionismo y guerra maya durante el Clásico Tardío". En S. TREJO (ed.): *La guerra entre los antiguos mayas. Memoria de la Primera Mesa Redonda de Palenque*, pp. 17-38. CONACULTA, INAH. México.
- YADEUN ANGULO, Juan. 2011: "K'inich Baak Nak Chaak (Resplandeciente Señor de la Lluvia y el Inframundo) (652-707d.C.) Toniná (Popo), Chiapas". *Arqueología Mexicana*, XIX(110) pp. 52-57.